

E. MIRET MAGDA LENA

YO tengo muchas dudas acerca de esa frase que se repite constantemente: la religión está en decadencia.

Porque no veo nada claro que la religión auténtica decaiga; lo que ha decaído en forma espectacular, casi vertical, ha sido esa religiosidad engañosa en nuestro país, como en todos los de gran tradición religiosa.

Todas esas explicaciones que se dan acerca del fenómeno de "secularización" me parecen muy superficiales. El fenómeno de desarrollo cultural y técnico de la Humanidad en nuestra época contemporánea no hace que se abandone la auténtica religión, sino la falsa. Y lo que ahora averiguamos, con sorpresa, es que esa religiosidad falseada era muy amplia, tanto que llegaba a ocultar muchas veces la verdadera postura religiosa de las minorías que, con sinceridad y profundidad (aunque fuese con muchos defectos), vivían el cristianismo en España.

Hemos dicho que los protestantes españoles son una minoría, y es verdad. Pero ahora tenemos que añadir que también los católicos somos una minoría (o estamos en vías de serlo claramente). La razón es que cada vez hay menos lugar en el mundo tecnificado y culturalmente mayor de edad para una religión que no proceda de una vivencia profunda.

Todas estas reflexiones me las hacía en Valencia durante esos dos días escasos que estuve dando una conferencia a los jóvenes bautistas, y en general a los jóvenes de las principales denominaciones cristianas no católicas. Mi conferencia pretendió exponerles ese surgimiento del interés por Jesús que hay en amplias minorías de jóvenes en Norteamérica, y que poco a poco está empezando en Europa. Se trata de ese Movimiento de Jesús, que quiere llevar a cabo entre los jóvenes la Revolución de Jesús, y cuyos seguidores se titulan a sí mismos la "Gente de Jesús".

¿En que consiste éste resurgir religioso juvenil? En algo que tiene dos vertientes, una verdadera y otra falsa. La vertiente falsa es el aspecto superficial y casi de moda que ha adquirido el nombre de Jesús entre muchos de esos jóvenes americanos. Y la parte verdaderamente acertada es el resurgir de una experiencia religiosa plena y constructiva al plantearse varios de estos jóvenes la realidad de Jesús.

Del mismo modo los grupos protestantes españoles han tenido una época de vitalidad cuando vivieron en nuestra nación la ausencia de libertad religiosa. Eso fue estímulo para vivir con profundidad y por contraste el cristianismo unos pequeños núcleos. Lo mismo que pasa con los jóvenes americanos del Movimiento de Jesús, que disconformes e insatisfechos con la sociedad consumista por un lado y con la entrega a una actitud asociada de drogadictos o de delinquentes juveniles, han descubierto la veta profunda que la realidad del fenómeno Jesús tuvo y tiene en la historia personal.

Pero mi preocupación no está en estos movimientos y corriente cristianos, sino en la situación de nuestro, pregonado a bombo y platillo, catolicismo hispano. Porque se va a ver muy mal en este mundo que surge, en donde la herencia de costumbre y normas ya no va a contar ni tampoco el resguardo de una disciplina externa.

Al final nos vamos a encontrar con que la minoría religiosa auténtica en nuestro país es todavía menor que en otros países sometidos a

la nueva mentalidad secularizadora. La razón es obvia: nuestro cristianismo ha sido un cristianismo de lista de pecados, elenco de doctrinas obligatorias, normas canónicas de organización y de conducta, y prácticas religiosas que nos salvaban exteriormente sin participación personal.

No se ha dado importancia en nuestra educación nada más que a estas actitudes exteriores; pero hemos olvidado, al ser formados, dar a la juventud una convicción personal.

Los padres descansaban tranquilos mandando a sus hijas y a sus hijos a colegios de religiosos y de religiosas. Los mayores defendíamos una sociedad llena de censuras y de impedimentos. Y con ello creíamos haber formado a la juventud; pero la juventud actual empieza a salir muy distinta de lo que pensábamos. La crisis religiosa, el desinterés por la práctica cristiana, la ausencia de preocupación por estos problemas es muy frecuente hoy en España.

¿RELIGION DECADENTE?

Hemos pasado de una Iglesia-baluarte a una Iglesia disgregada, y a la cual muchos no le ven sentido.

Y, sin embargo, la figura de Jesús está ahí. La Iglesia no es, ni puede ser, nada más que el conjunto de cristianos, pocos o muchos, que aceptan esa presencia y esa influencia convencidamente en sus vidas. Lo demás es el aparato exterior, dictatorial o democrático, que interesa muy poco a muchos.

Lo esencial es el motor interno, la experiencia religiosa positiva en todos los terrenos, intelectual, afectivo y sensible. La estructura exterior puede cambiar profundamente, puede casi desaparecer, porque es un elemento humano que habíamos divinizado excesivamente. Jesús creó un Movimiento vital, del cual nos da una muestra definitiva el Evangelio; pero dejó en manos de sus seguidores la casi totalidad de la estructura que iban a dar a este Movimiento vital. Un poco de estructura en la mayoría de los casos es necesaria psicológicamente al hombre; pero lo que verdaderamente instituyó Jesús no fue lo exterior, sino la vitalidad de la experiencia cristiana representada por él.

Y ahora se encuentran los católicos españoles ante un espectáculo deprimente y desalentador a la hora de valorar estos factores de su propia religiosidad. Porque se encuentran con que en su educación no se aprendió para nada esa experiencia profunda del cristianismo en todos los terrenos; y al desaparecer cada vez más lo exterior se encuentran con las manos vacías. Esa es la crisis de tantos y tantos seglares y clérigos en el país. Una crisis hasta cierto punto ficticia, porque no es crisis de fe, sino crisis de una falsa religiosidad en la cual tranquilamente habían vivido asentados.

Y la culpa no está en ellos, sino en la educación religiosa recibida.

Un día dedicaré especial atención a esas frases que hemos oído por la televisión de boca de un alto eclesástico apelando como última instancia tranquilizadora a la palabra de los catecismos tradicionales: el del padre Astete y el del padre Ripalda. Porque estos catecismos son precisamente los culpables de esta falsa formación recibida, según puede deducirse de un estudio serio de la estructura y contenido de tales libritos religiosos.

Sólo me voy a fijar en un punto importante, el de la fe. En la famosa y discutida encuesta de José María Gironella titulada "Cien españoles y Dios", casi todos los católicos a quienes se les preguntaba si habían tenido alguna experiencia religiosa en sus vidas, reaccionaban como gato escaldado rehuyendo la contestación positiva casi con enfado: ellos, por supuesto —decían—, no habían tenido nunca esa experiencia.

Esta confesión ingenua es la clave de lo que digo. Porque la fe para los españoles fue algo muy distinto de una experiencia personal positiva en nuestras vidas. La fe se definía en nuestros catecismos y libros de enseñanza como un asentimiento de nuestra inteligencia a unas ideas abstractas que se contenían en los Artículos de la Fe. Bastaba sabérselos bien de memoria, y aceptarlos haciendo un obsequio de sumisión intelectual, para ser creyentes católicos.

¿Qué pasaba con esto? Que nuestra fe no tenía ninguna influencia vital decisiva en nuestras vidas o en nuestros momentos decisivos, porque teníamos que apelar a otro tipo de motivos o criterios para afrontar decisiones humanas profundas. Nos bastaba con estar en regla con lo que se nos decía; pero estar en regla en nuestra conducta externa, cumpliendo un mínimo de condiciones que se contenían en los libros de teología moral en forma amplia y en los catecismos o manuales religiosos en forma resumida.

Así, cuando desaparece el temor a esta normativa externa, y cambian las costumbres profundamente, como ocurre en nuestro mundo actual, ¿a dónde se agarran estos creyentes de creencia externa que no tienen una experiencia profunda que compense la ausencia de lazos exteriores? A ningún lado, como vemos por la profunda crisis religiosa que invade al país.

La reacción antiprotestante hizo a España un daño irreparable al presentar esta fe fría, intelectual y vitalmente vacía como la fe católica. Nuestros formadores religiosos no se ocuparon de la experiencia profunda del creyente, sino de la "profesión de fe" del mismo. Y estos cuatro siglos de mala educación han dado un fruto negativo en la época actual, en que se hunden las barreras exteriores que sujetaban este grandioso edificio del catolicismo hispano, edificio preferentemente exterior por causa de este miedo neurótico que tuvimos a la heterodoxia, "confundiendo los conceptos abstractos con la realidad y las disquisiciones teológicas con la fe" (X. Arnold: "Palabra de salvación", ediciones V. D.).

Lo único que nos queda es virar ciento ochenta grados y recuperar un sentido vital de nuestra fe, como confianza y entrega a la realidad personal que es Jesús, el fundador del cristianismo. Quien descubra esto, desde ahora será cristiano; y quien no lo descubra, vivirá de ficciones, o perderá toda la religiosidad que recibió.